Recepción / Received: 7 de marzo de 2024
Aprobación / Approved: 30 de abril de 2024

OPEN ACCESS

EL IMAGINARIO SOCIAL Y LOS SIGNOS DE CANCELACIÓN PANDÉMICA

The social imaginary and the signs of pandemic cancellation

Fernando Andacht[a]

[a] Universidad de la República, Montevideo, Uruguay. *fernando.andacht@fic.edu.uy*

Resumen

Mediante un estudio de caso, el artículo analiza el fenómeno cultural de la cancelación, es decir, la supresión del pensamiento que diverge de lo que establece normativamente la corrección política, tanto en la vida cotidiana como en el ámbito científico. El marco teórico se basa en la noción de imaginario social de C. Castoriadis y en el modelo de semiótica triádica de C. S. Peirce. Específicamente, los conceptos de 'imaginario radical' y 'signo icónico' permiten entender qué ocurre cuando el imaginario instituido y la dimensión simbólica, que corresponden a las leyes o normas sociales, sofocan los elementos posibilistas que permiten la creatividad, la innovación y la crítica de la sociedad. Lo que surge como efecto es una ciencia que desatiende la búsqueda de la verdad basada en el estudio riguroso de la experiencia, como su real y principal cometido. El caso estudiado ocurrió en el período que se bautizó como "Nueva Normalidad" en Uruguay, durante la crisis sanitaria de la COVID-19, y tuvo lugar en un espacio académico, lo que lo vuelve más relevante para este análisis.

Palabras clave: imaginario radical; signo icónico; imaginación; método científico; pandemia; Nueva Normalidad.

Abstract

By means of a case study, the article analyzes the cultural phenomenon of cancellation, that is, the suppression of the kind of thought that deviates from what is normatively established by political correction, both in everyday life and in the scientific realm. The theoretical framework is based on the concept of the social imaginary of C. Castoriadis and on the model of triadic semiotic of C. S. Peirce. The notions of 'radical imaginary' and of 'iconic sign' enable us to understand what takes place when the instituted imaginary and the symbolic dimension, of the laws and social norms, overcome the possibilist elements that allow for creativity, innovation and the critique of society. What emerges as its effect is a kind of science that gives up the search for truth based on the rigorous study of experience, as its authentic and main goal. The case that is studied occurred in the period that was

imagonautas Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. La licencia completa se puede consultar en https://creativecommons. org/licenses/by/4.0/deed.es

dubbed “New Normality” in Uruguay, during the COVID-19 sanitary crisis, and it took place in an academic setting, which makes it more relevant for this analysis.

Keywords: radical imaginary; iconic sign; imagination; scientific method; pandemic; New Normality.

Introducción: una práctica neo-religiosa bloquea el camino de la investigación

Mucho aún debe ser pensado e investigado sobre el impactante cambio que sufrió el mundo social desde marzo de 2020, el momento cuando en buena parte del planeta se decretó la emergencia sanitaria luego denominada ‘pandemia’, y que continúa hasta el presente, aunque en forma más acotada o restringida. Un elemento que caracteriza esta suerte de violento paréntesis de la normalidad y que requiere una reflexión es la llamada “cultura de la cancelación”, uno de cuyos pilares es la publicitada práctica fiscalizadora del *fact-checking* (Mazzucchelli, 2020a). En este artículo, abordo el impacto de la extinción colectiva y unánime del debate científico, en un ámbito que debería propiciarlo. Me refiero a la universidad, y en este caso particular, a la institución pública, la más importante del punto de vista de magnitud estudiantil y de producción académica en Uruguay. A través de conceptos centrales de la teoría del imaginario social de Cornelius Castoriadis (1922-1997) y otros del modelo de la semiótica triádica de Charles S. Peirce (1839-1914) procuro entender qué ocurrió y qué continúa ocurriendo en la institución universitaria en relación con la libertad de expresión, cuando el genuino debate y la investigación como búsqueda de la verdad fueron seriamente afectados por esta forma de censura sigilosa por ser legitimada, implícita y por ese motivo más perniciosa que el tradicional mecanismo de censura.

Cabe definir la práctica conocida en la actualidad como ‘cancelación’ y de modo más abarcativo ‘cultura de la cancelación’, lo que ilustra cuán poderosa es esta práctica de silenciar las ideas que divergen de una ortodoxia o pensamiento hegemónico. Esta ideología dominante típicamente es respaldada por un trío imbatible: la política en todas sus variantes – la oposición ideológica entre izquierda y derecha pierde su relevancia – los medios de comunicación, que se pliegan sumisos al tácito pero eficaz exilio del debate o cruce contrastante de ideas diferentes, un factor esencial para la buena salud de la democracia, y por último la ciencia oficial, a saber, un colectivo de científicos al que recurre el gobierno. Pierde importancia su afiliación político-partidaria, y solo importa su cometido como proveedor de legitimidad para la adopción de medidas sanitarias, lo cual ocurre en total ausencia de la habitual y normal discusión o debate sobre posibles alternativas para la mejor gestión de esta crisis sanitaria. En un trabajo reciente, Merino (2023) caracteriza la exclusión radical del pensamiento diferente como una suerte de novedosa religión o religiosidad que declara heréticos a quienes piensan así:

> La cultura de la cancelación se convierte así en una nueva Inquisición cultural donde los linchamientos, la cancelación de tuits o discursos, así como las humillaciones y difamaciones, están exentos del perdón. Es por ello que nos encontramos ante una nueva fe, o una nueva moral, que justificándose en la defensa de los ‘sentimientos heridos’ de cualquier minoría, trata de hacer universalizable un discurso en el que no cabe la disidencia. Abanderando el principio relativista de tolerancia de todas las diferencias por razón de raza, sexo o religión, se acaba silenciando a todo aquel que profiera cualquier ‘comentario hiriente’ desde el punto de vista de los ‘nuevos puritanos’ (los defensores de lo woke, que se convierte así en el pensamiento ‘puro’ universal que no deja lugar a la discusión).

Esa nueva forma de “inquisición” fue la que ocurrió a nivel de toda la sociedad uruguaya, a raíz de la unanimidad forzada que promovió la mencionada triple alianza político-científica-mediática, en ocasión de la pandemia COVID-19.

Con un enfoque semejante, el filósofo francés Braunstein (2022) dedica un libro entero a estudiar lo que él denomina "la religión woke". Este movimiento social de los que se llaman a sí mismos "despiertos" considera lícito, incluso necesario, la práctica de cancelar toda idea que, en su visión, atente contra la impostergable búsqueda de justicia social. Dicho objetivo, el fundamental según la ideología woke, se antepondría de modo absoluto a la búsqueda de la verdad, que ha sido la finalidad histórica de la ciencia en Occidente:

> ¿Cómo es posible que personas inteligentes crean en ideas tan absurdas? ¿Cómo es que ni siquiera aceptan debatir y responden a cualquier crítica 'anulando' a sus interlocutores? (...) La mejor explicación de su comportamiento parece resumirse en la famosa frase atribuida a Tertuliano, un padre de la Iglesia del siglo III: credo quia absurdum, 'creo porque es absurdo'. Al gnóstico Marción, que consideraba imposible, e incluso indigno, que Cristo, 'el Hijo de Dios', pudiera realmente haberse encarnado, nacido y, sobre todo, muerto, Tertuliano replicó: 'El Hijo de Dios murió: esto es creíble porque es absurdo y, una vez sepultado, resucitó: esto es cierto porque es imposible' (...) Si los woke creen en sus doctrinas, es porque éstas son absurdas, porque apuntan a verdades más profundas, mucho más allá de la razón." (Braunstein, 2022, pp. 28-29)

El contexto pandémico fue el escenario ideal para que la cancelación llegase a ejercer un control férreo sobre cualquier forma de pensamiento crítico, tanto en el ámbito universitario como en el comunicacional más poderoso, es decir, en la prensa escrita y televisada. Solo en el ceñido espacio marginal de internet, algunas publicaciones consiguieron eludir esa ubicua forma de cancelación o silenciamiento, con la obvia desventaja de tener una zona de influencia notoriamente menor, y además recibir la permanente descalificación desde el lugar del poder sanitario-político-mediático. En otros textos (Andacht, 2022c, 2024), me ocupé de analizar un caso de cancelación de la exposición de un trabajo académico colectivo por parte de una institución universitaria en el canal de YouTube donde fueron expuestos otros trabajos también previamente evaluados y aceptados para ser presentados en ese evento científico. En este artículo, describiré las características de algunas de las ponencias que no fueron canceladas en aquella ocasión, y que fueron expuestas en la misma sección de ese congreso. El objetivo no es incurrir en un arbitrario ejercicio de descalificación por algo de lo cual esos trabajos no son en absoluto responsables, sino demostrar mediante este estudio de caso el clima represivo instalado por la cancelación. Una ventaja de que esas otras ponencias estén disponibles en el canal de YouTube de esa institución universitaria es que los lectores pueden acudir a ese lugar, y comprobar por sí mismos lo que planteo a continuación con respecto a dichos trabajos académicos.[1] Considero ese incidente alarmante, porque la aplicación de la cancelación tiene lugar precisamente en un ámbito donde el desarrollo del análisis crítico de la realidad debería campear, es decir, en el lugar donde la investigación necesita desarrollarse sin más límites que los de la metodología y del marco teórico empleados para alcanzar sus resultados, los que luego serán evaluados por la comunidad científica. Esa y no otra debería ser la única regla decisiva a la hora de juzgar la calidad o corrección académica de lo investigado, no la automática obediencia a normas por completo ajenas al método científico, según expondré abajo.

Un enfoque semiótico del imaginario social sometido a los excesivos rigores político-sanitarios

La tesis central del filósofo griego-francés C. Castoriadis (1922-1997) se basa en postular el rol clave de la imaginación individual – "el imaginario radical" – en la ininterrumpida generación del cambio del cual depende la salud institucional de toda sociedad que se considere democrática. Esa creación innovadora a nivel individual primero y luego social se encuentra en tensión con lo que ya se encuentra cristalizado, inmóvil en el funcionamiento de las instituciones sociales a nivel simbólico – "el imagi-

[1] En este enlace se pueden ver dichas presentaciones del Eje 4/Comunicación: https://www.youtube.com/results?search_query=eje+4+comunicaci%C3%B3n+pandemia+espacio+interdisciplinario+udelar

nario instituido". Toda institución tiende a su propia conservación, es decir, a mantener incambiado aquello que ya fue imaginado en el pasado, vale la pena destacar el término usado por Castoriadis para demostrar la gran presión que ejerce lo que se ha vuelto norma o normal en la sociedad sobre el cambio posibilista: "esclaviza":

> Significaciones que, a partir del momento de su institución, llevan una vida independiente, *creaciones de la sociedad instituyente a las que ésta se esclaviza en cuanto se ha instituido*. Entonces quedaba claro que la alienación, en el sentido histórico-social, no era otra cosa que eso: la autonomización de las significaciones imaginarias en y por la institución, o, dicho de otro modo, la independencia de lo instituido respecto de lo social instituyente. (1973/1964, p. 53 – énfasis agregado, FA)

Para contrarrestar esa tendencia inmovilizante propia del conservadurismo del imaginario establecido o instituido, funciona en toda sociedad, como explica Castoriadis, el imaginario radical, a nivel del individuo y el instituyente de la sociedad como conjunto:

> El Imaginario es creación incesante y esencialmente indeterminada (social-histórica y psíquica) de figuras/formas/imágenes y sólo a partir de éstas puede tratarse de algo. Lo que llamamos 'realidad' y 'racionalidad son obras de esta creación. (Castoriadis, 1975, pp. 7-8)

> El asiento de esta *vis formandi* en el ser humano singular es la imaginación radical, i.e., la dimensión determinante de su alma. El asiento de esta *vis* en tanto que Imaginario Social Instituyente es el colectivo anónimo (...) el campo socio-histórico. (Castoriadis, 1997, p. 228)

La noción de 'imaginación radical' del individuo es el equivalente teórico, desde mi perspectiva, de la acción lógica/semiótica de la iconicidad, de los signos cuya acción es la más libre, por ser de naturaleza puramente cualitativa, según el modelo semiótico peirceano. Por ende, los signos icónicos constituyen la fuente natural de la innovación, del descubrimiento, en los seres humanos:

> Pues una gran propiedad distintiva del ícono es que mediante la observación directa de éste otras verdades relativas a su objeto pueden ser descubiertas que aquellas que son suficientes para determinar su construcción. (CP 2.279)[2]

> El valor de un ícono consiste en exhibir los rasgos de un estado de cosas considerado como si fuera puramente imaginario. (CP 4.448)

Lo que Castoriadis denominó las 'significaciones imaginarias' en su funcionamiento radical e instituyente dan cuenta de la novedad, de la introducción de lo imprevisible, de la "autocreación" en el mundo de la vida. Los signos más complejos, según Peirce, los que construyen la estabilidad y previsibilidad del mundo, son los símbolos. Pero estos signos poseen como función primordial el servir de apoyo a los íconos: "Un significado consiste en las asociaciones de una palabra con imágenes, su poder de suscitar sueños (*its dream exciting power*)" (CP 4.56). El término 'sueño' en la semiótica triádica peirceana es empleado a menudo como un equivalente del ícono, antes de que este signo posibilista y abstracto se materialice en una imagen concreta, por ejemplo, una pintura, un mapa o una fotografía. Lo importante a destacar aquí es que, sin la acción de este elemento posibilista, nada nuevo ocurriría en el mundo de la vida. Así, tanto en nuestra existencia cotidiana como en la ciencia, la intangible imaginación desempeña un rol esencial, tal como también lo entendió de modo preclaro el pensador C. Castoriadis. Entre ese elemento icónico aéreo, inasible, pero de enorme importancia y la estable generalidad simbólica, se ubica un tercer elemento semiótico, a saber, el estrato semiótico indicial, es decir, la materialidad de los signos con la que se concreta espacial y temporalmente nuestra forma de vivir en cada lugar del mundo, a través de todas las épocas. La semejanza entre esa materialización indicial y el 'imaginario instituido' es notoria: a modo de monumentos o de memoria histórica lo ya construido colectivamente produce la estabilidad societal. La triple conjunción de signos icónicos, indiciales y simbólicos es lo que podemos y de hecho no dejamos de interpretar

[2] Cito la obra de Peirce del modo convencional: x.xxx remite al volumen y párrafo en *Collected Papers of Charles Sanders Peirce* (1931-1958).

de modo siempre falible, a lo largo de toda nuestra vida. De ese modo, ocurre el funcionamiento normal de las diferentes clases de signos, en la teoría semiótica peirceana y la tensión dialéctica entre imaginario instituyente e imaginario instituido que encontramos en toda sociedad.

A partir de la instauración política y no solo sanitaria de la llamada 'Nueva Normalidad' (Andacht, 2020b) en la pandemia, tuvo lugar la prevalencia autoritaria y dominante del componente simbólico. En términos de Castoriadis, se trata de la hegemonía excesiva del imaginario instituido por encima del imaginario radical, al punto de coartar la instancia creativa del ser humano individual y por ende de la sociedad en su conjunto. Ese notorio desequilibrio sistémico afecta todas las provincias de la vida, tanto la cotidiana, como la que se ocupa de llevar adelante la ciencia. Interpreto que todo lo callado, lo no considerado por los investigadores que observé y escuché con gran atención en el registro audiovisual del *Congreso interdisciplinario COVID 19, pandemia y pospandemia* del 26 al 29 de julio de 2022 constituye un indicio revelador de la supresión de "la irritación de la duda", del motor mismo de toda investigación científica, según lo planteó Peirce hace casi un siglo y medio:

> La irritación de la duda causa una lucha para llegar a un estado de creencia. Llamaré a esa lucha Investigación (*Inquiry*). La irritación de la duda es el único motivo inmediato para la lucha por alcanzar la creencia. Es por cierto lo mejor para nosotros que nuestras creencias deberían ser tales que puedan verdaderamente guiar nuestras acciones, para así satisfacer nuestros deseos; y esta reflexión nos hará rechazar toda creencia que no parezca haber sido formada de ese modo para asegurar este resultado. Pero sólo lo hará mediante la creación de una duda en lugar de esa creencia. Con la duda, por lo tanto, la lucha comienza, con el cese de la duda aquella termina. (CP 5.374-375, 1877)

Considero que la extensión de esta cita se justifica, porque *la cultura de la cancelación*, ya que es razonable referirnos así a una práctica muy extendida que alcanza las más variadas actividades humanas, se encarga no solo de invalidar la fértil duda, sino el libre debate que, naturalmente, debería dirimir todas las cuestiones que se investigan. Al proceder de un modo reñido con el método científico, se corre el serio riesgo de ignorar la importancia vital del "falibilismo" (CP 1.13), es decir, el principio metodológico según el cual "el primer paso para conocer es reconocer que uno no sabe ya satisfactoriamente". El ignorar dogmáticamente aquellos argumentos con los que no se está de acuerdo bajo pretexto de que no contribuyen a la búsqueda de justicia social (Braunstein 2022, p. 41) significa incurrir en "la calamidad de la arrogancia que seguramente detiene todo crecimiento intelectual" (CP 1.13). Expresado en términos actuales, esa actitud implica el adherir a la neo-religión woke, uno de cuyos dogmas es la cancelación del pensamiento diferente a sus ideas, por considerarlo herético, por ser reñido con sus ideales y, por ende, no digno de ser siquiera tenido en cuenta.

En los trabajos no cancelados del Eje 4 del mencionado congreso virtual, que observé con mucha atención, aquello que se eligió exponer una y otra vez pone de manifiesto una forma discursiva que en francés recibe el nombre de "lengua de madera" (*langue de bois*), es decir, un lenguaje que consiste en fórmulas fijas y rígidas, en estereotipos. Esas fórmulas verbales se usan para expresar lo que se supone que se debería decir en cierta ocasión. Esa clase de comunicación carece de espontaneidad, y sobre todo, por su naturaleza dogmática, no constituye una contribución auténtica al conocimiento, en el contexto real donde se profiere esos signos. No afirmo en modo alguno que esos investigadores deberían haber hecho planteos similares al que hicimos quienes sí fuimos cancelados en ese ámbito del congreso.[3] Eso sería ejercer una suerte de contra-cancelación, en virtud de la cual no merecería ser oído o leído aquel que no piense o investigue del modo en que lo hicimos los integrantes de ese panel. Pero manifestar discrepancias de mayor o menor entidad

[3] Quien acceda al siguiente enlace, podrá ver la diferencia notoria de tratamiento tecnológico-expositivo que se dio a nuestro panel, titulado "La crisis global del virus de la corona. Ensayos y ciencia crítica", en ese congreso virtual de la Universidad de la República: https://www.youtube.com/watch?v=tAqDdyQJfVs

con los argumentos críticos que nuestro panel hizo sobre las medidas sanitarias o "protocolos" adoptados durante la pandemia (Andacht, 2022c) no es lo mismo que pasar por alto, que ignorar por completo las numerosas prácticas y hechos flagrantes como la cancelación del pensamiento disidente y estigmatizado sobre la pandemia, la muy abundante información aterrorizante que difundían a diario los medios de comunicación sobre la pandemia desde marzo de 2020, y muchos otros elementos de la realidad, que fueron de modo llamativo silenciados por estos investigadores en aquel evento. Esa tesitura se emparenta más con la autocensura que con la libre investigación de la realidad.

La inoperancia del discurso académico que constaté en los trabajos de investigadores dedicados a estudiar la comunicación mediática durante la pandemia a causa del notorio predominio de lugares comunes, de una abundante y opaca jerga es un síntoma del debilitamiento tanto de la iconicidad como del funcionamiento de la imaginación radical que

> no es para Castoriadis en absoluto pasiva: ella designa en él esa potencia de creación, o si se lo prefiere esa capacidad de hacer ser, capacidad que no extrae su sustancia de ningún fundamento preexistente. (...) por estar dotados de una imaginación radical los seres humanos pueden mostrarse capaces de plantear determinaciones diferentes de aquellas que les son presentadas como las únicas legítimas, de hacer surgir otras posibles con respecto a las que ellos pueden procurar la transformación de sus condiciones de existencia. (...) El ejercicio crítico de la imaginación implica pues un trabajo de indeterminación que pone en valor el hecho de que otros modos de determinar las cosas son posibles: el carácter legítimo de lo que simplemente es porque existe se ve así puesto radicalmente en cuestión. (Poirier, 2017, pp. 464-465)

Lo que Castoriadis postula para toda la humanidad, a saber, la incesante búsqueda creativa de autonomía, en el ámbito de la actividad científica se caracteriza por aplicar esa potencia a la búsqueda de la verdad, lo que implica no conformarse con lo ya establecido, en este caso concreto, con el imaginario instituido sobre la concepción misma de la pandemia de COVID-19 y de su tratamiento mediático, que fue el resultado de la acción política y de la intervención ausente de todo debate de la ciencia oficial. El basarse en lugares comunes ajenos al cuestionamiento de ese monolítico *statu quo* está reñido con el funcionamiento de la imaginación radical y, a fortiori, de la autonomía requerida para la investigación. La acción de los signos o semiosis supone un delicado equilibrio entre la iconicidad, la "valencia" (CP 5. 469) más simple y libérrima de la semiosis, de la que se nutre la imaginación, el componente semiótico indicial, que corresponde al límite o resistencia que ofrece indefectiblemente lo real existente, y lo simbólico, que es la generalidad de la ley, de las convenciones o reglas que organizan toda actividad humana. Aquello que no se dijo en esas presentaciones del Eje 4 sobre "comunicación y pandemia", lo que extrañamente fue omitido en todas las ponencias que vi y escuché, y de las que presento abajo algunos fragmentos ilustrativos, revela la restricción excesiva de la capacidad de autocreación sin la cual la sociedad pierde su autonomía, así en la vida cotidiana, en la política como también en la ciencia. Lo que hace seis décadas Castoriadis escribió sobre la verdad es relevante para comprender las consecuencias de la falta de autonomía, de la restricción de la audaz creatividad, hoy sirve para entender los efectos de una "grieta" muy diferente a la que el filósofo griego-francés postuló como requisito para ejercer el pensamiento crítico, así en la vida como en la ciencia:

> [E]l propósito, la voluntad, el deseo de verdad, tal como lo conocemos desde hace veinticinco siglos, es una planta histórica a la vez vivaz y frágil. La cuestión es si sobrevivirá al período actual. No hablo de la verdad del filósofo, sino de esta extraña grieta que se instituye en una sociedad, desde Grecia, y que la vuelve capaz de cuestionar su propio imaginario. (Castoriadis, 1973/1964, pp. 58-59)

El extremo cuidado que reveló cada uno de los trabajos no cancelados para no transgredir el canon narrativo pandémico, que recibió la triple legitimación del poder político-científico-mediático puso de manifiesto la existencia de la amenazante brecha que se abrió entre el imaginario instituido, a saber, el poderoso relato oficial, de un lado, y el

herético margen del imaginario radical, que fue marginado por esos actores sociales, pero que es el camino de la libre búsqueda de la verdad, y de la crítica de lo consabido.

Debo explicar ahora en qué me baso para hacer una afirmación tan categórica y en apariencia arbitraria sobre esos trabajos del *Congreso interdisciplinario COVID-19, pandemia y pospandemia*. Inclusive es plausible que quien lea este texto suponga que el presente planteo nace del resentimiento, que fue motivado por el hecho de que nuestros trabajos no recibieron el mismo tratamiento que aquellos que ahora comentaré de modo sucinto.[4] Lo que me habilita a realizar esta afirmación sobre la flagrante ausencia de todo aporte o crítica válida de lo instituido es una serie de publicaciones en las que me dediqué a analizar el tratamiento mediático de diversos aspectos pandémicos.[5] En esos textos, me ocupé en estudiar de modo detallado cómo se representó en los medios masivos la urgencia e inevitabilidad de alterar, distorsionar y entorpecer el flujo normal de la vida en todos sus ámbitos, desde marzo de 2020. El método empleado para ese análisis fue cualitativo y semiótico: apliqué las categorías fenomenológicas de Peirce y las tres clases de signos que de ellas derivan – icónico, indicial y simbólico – para observar la semiosis o acción sígnica resultante en esa clase de representación mediática masiva, en el sentido literal del último término. Sin excepción, los canales de televisión rivalizaron en escenificar la llegada del Sars-Cov-2 del modo más aterrador y truculento posible. Una de esas representaciones icónicas traía a la mente la imagen del letal alienígena del film clásico de ciencia ficción *Alien. El octavo pasajero* (R. Scott, 1980). Mi abordaje analítico incluyó el muy publicitado hito de ese período bautizado como "nuevo normal," a saber, la retórica usada para difundir el precepto de vacunar a toda la población, sin consideración de edad o estado de salud de los destinatarios, y sin evaluar las posibles consecuencias indeseadas de un tratamiento experimental y por ende de alto o mediano riesgo.[6] En un testimonio del Dr. Malhotra (10.02.2023)[7], este cardiólogo inglés afirma que el riesgo de sufrir un grave efecto adverso de la vacuna basada en el ARNm es de 1 en 800 vacunados, que en algunos casos incluye la muerte del vacunado.

Detección de efectos indeseados de la cancelación en la investigación científica

Para demostrar el formidable obstáculo que produce la cancelación en la búsqueda de conocimiento científico, utilizo aquí una muestra que no carece de un sesgo personal, pues, como dije antes, fue extraída de un evento académico en el que junto con otros investigadores participé en un panel en 2022. Me refiero al *Congreso Interdisciplinario COVID-19, Pandemia y Pospandemia*, que tuvo lugar del 26 al 29 de julio de 2022, en modalidad virtual. Este es un asunto que ya discutí desde otras perspectivas

[4] Cabe reiterar que los resúmenes de nuestras ponencias habían sido previamente evaluadas y aprobadas para su presentación, al igual que los de los otros trabajos del Eje4/ Comunicación.

[5] Menciono una de esas publicaciones a modo de ejemplo: Andacht, 2020a.

[6] Cito uno de los numerosos trabajos científicos que se ocupan de describir la toxicidad de la vacuna cuya plataforma fue el RNA mensajero (las de Pfizer y Moderna, por ejemplo): "Strategies to reduce the risks of mRNA drug and vaccine toxicity" Dimitrios Bitounis, Eric Jacquinet, Maximillian A. Rogers & Mansoor M. Amiji L *Nature Reviews Drug Discovery* 2024 Jan 23. doi: 10.1038/s41573-023-00859-3. Epub ahead of print. PMID: 38263456. Sobre el efecto negativo de medidas como la mascarilla y la suspensión de las clases en niños y jóvenes sugiero ver la entrevista hecha al Dr. Jay Bhattacharya, especialista en política sanitaria, un destacado investigador de Stanford University: "COVID, Healthcare, and Academic Freedom" en: https://www.youtube.com/watch?v=Aol8CZ0AO7g

[7] Ese video ya no es accesible, pues fue cancelado. No obstante, se puede escuchar una explicación más detallada, en otra entrevista realizada al Dr. Malhotra en YouTube el 30 de abril de 2023: https://www.youtube.com/watch?v=qWPziQGg1vU. En ella reitera el dato mencionado sobre el porcentaje de efectos adversos de la vacuna con ARN mensajero fabricada por Pfizer y Moderna.

(Andacht, 2022a, 2022b). En esas publicaciones, me ocupé de reflexionar sobre el significado de la forma de cancelación a la que se sometió nuestra actuación por parte de las autoridades responsables del evento académico. Ahora voy a observar lo que dicen, pero sobre todo lo que callan o evitan mencionar los investigadores que participaron en el Eje4/ Comunicación. El dato a tener en cuenta para leer lo que sigue es que la difusión de sus exposiciones no fue obstaculizada en modo alguno. Ese eje fue el mismo en el que estaba situado nuestro panel, el cual se dedicó a abordar de modo crítico los protocolos pandémicos empleados por el gobierno, con el apoyo de un grupo restringido de científicos y la propagación constante de la totalidad de los medios masivos más poderosos.

No puedo menos que concluir, luego de haber visto y escuchado con suma atención las otras exposiciones grabadas en video, que en estas había un alto nivel de inocuidad, de pobreza conceptual e intelectual. En otras palabras, encontré una notoria ausencia de pensamiento crítico en lo expuesto durante esas sesiones académicas dedicadas al estudio de la comunicación en/sobre la pandemia y la pospandemia, en el marco institucional Espacio Interdisciplinario de la Universidad de la República, la mayor del Uruguay. No atribuyo ese estado tan decepcionante del actual saber científico a la incompetencia o a la inferior capacidad analítica de los expositores que observé y escuché. Tal tesitura sería evidencia de una condenable arrogancia, por plantear el contraste entre la lucidez o importancia de nuestras propias presentaciones en ese congreso y la falta de esa capacidad analítica en lo expuesto por esos colegas. Muy por el contrario, interpreto lo que percibí como el resultado de una actitud institucional deliberada que produjo la homogénea y llamativa falta de relevancia de esos trabajos. En ellos, brillaba por su ausencia algún aporte por mínimo que fuera, es decir, la clase de conocimiento que nos permitiese comprender la complejidad pospandémica o pandémica, en el mundo de la vida. Su enfoque oscilaba entre reiterar lo consabido sobre el comportamiento de la población en relación con los medios –por ejemplo, el gran consumo de programas informativos– y el encendido elogio de todo lo hecho por el grupo de científicos que asesoró al gobierno.

Hace más de un siglo el lógico C. S. Peirce describió como "indolente" el comportamiento académico en quien desea formarse como investigador cuando tiene un excesivo acatamiento a quienes lo forman en la universidad:

> El estudiante universitario indolente, por mucho que se empeñe su profesor de filosofía para que se valga por sí mismo, porque siente un respeto bien fundado por los conocimientos superiores y por la fuerza intelectual de ese profesor, encuentra mucho más fácil aceptar todo lo que él dice como verdadero, porque lo dice él, que someter los argumentos de ese profesor a una crítica incisiva; y así él *se convierte, por lo general, en casi tan esclavo de la autoridad*, como lo era el estudioso promedio de las escuelas medievales. (CP 5.517, 1905 – énfasis agregado, F.A.)

Para actualizar y adaptar la cita de Peirce a nuestro tiempo pandémico, propongo sustituir "profesor de filosofía" por docente de cualquier disciplina universitaria, y haría extensiva la indolencia que el fundador de la semiótica atribuye a esa clase de universitario, al propio profesor. Señalo la afinidad de este planteo peirceano sobre el volverse "esclavo de la autoridad" con la ya citada reflexión de Castoriadis (1973/1964, p. 53) sobre cómo las "creaciones de la sociedad instituyente a las que esta se esclaviza en cuanto se ha instituido". En la actualidad, son pocos los académicos que se atreven a salir de esa zona más que de confort de seguridad vital; esa disposición los conduce a acatar obedientemente cada mandato global relativo a la pandemia. Importa consignar que también es automático el acto de adherir a consignas ideológicas previas, pero asociadas a la emergencia sanitaria como lo son la perspectiva de género, las políticas de identidad racial, y un extenso catálogo de corrección más que política diría neo-religiosa. No existen casi herejes de la nueva secta oficial que prevalece en todos los ámbitos de la sociedad. Indicar lo nefasto de su impacto en la investigación académica es necesario, porque, en principio, el desarrollo de la

ciencia supone una franca y ecuánime disposición a embarcarse en la tenaz e interminable búsqueda de la verdad como única prioridad.

Para comprender cabalmente esta situación, es útil acudir a un texto clásico de Peirce sobre los cuatro métodos o caminos para llegar a tener una creencia, solo uno de los cuales es el que nos conduce al conocimiento científico. La vía de la ciencia se diferencia por completo del *método de la tenacidad* (CP 5.378), ese que empleamos cuando nos obstinamos en creer algo, sin tomar en cuenta la cantidad de evidencia acumulada en contra de tal creencia. También difiere de lo que creemos como resultado de respetar y obedecer acríticamente a alguna institución poderosa, *el método de autoridad* (CP 5.380), sea esta secular o religiosa. No merece tampoco el nombre de saber válido en la ciencia la creencia a la que llegamos no mediante el estudio riguroso de la experiencia, sino bajo la influencia de "aquello que nos sentimos inclinados a creer", ese es *el método a priori* (CP 5.383), y se emparenta con el gusto por una moda o un tipo de vino. Por supuesto, es comprensible que docentes y estudiantes experimenten una fuerte inclinación a aceptar la concepción de la pandemia que de modo unánime el cuerpo político difundió con el auspicio de un selecto cuerpo de científicos. La máquina mediática se encargó de darle la mayor difusión y amplificación imaginable a este unívoco relato pandémico, que nunca fue debatido en ese poderoso ámbito social. Ese fue el camino que de modo ostensible siguió la Universidad pública uruguaya, que funciona como marco institucional del conocimiento que allí se produce.

Le llegó el turno al cuarto método, en la enumeración peirceana. Si, en cambio, pretendemos emprender el camino de la ciencia "para satisfacer nuestras dudas (...) es necesario encontrar un método mediante el cual nuestras creencias puedan ser determinadas por algo que no sea en absoluto humano, sino por alguna permanencia externa" (CP 5.384). Ese "algo no humano", esa "permanencia externa" no es otra cosa que el impacto bruto de la experiencia producido por la existencia de tenaces datos que no corroboran la narrativa hegemónica que sustenta la irrupción de la COVID-19, en el caso que analizo. Peirce se refiere a aquello que permanece a pesar de ser ignorado como el único objetivo válido del método científico: "La verdad pisoteada resurgirá" (CP 5.408, 1878). Lo que relevé sobre las exposiciones de estos otros participantes del Eje 4/Comunicación, sin importar su competencia académica o nivel intelectual, es que en todas ellas optaron por acatar la "Ortodoxia COVID" (Mazzucchelli, 2020b), es decir, un dogma del siglo XXI comparable con los mandatos del poder eclesiástico en su apogeo. Como ya escribí arriba, tal adhesión impide que funcione el incentivo fundamental en la búsqueda de la verdad, es decir, "la irritación de la duda (que) causa una lucha para llegar a un estado de creencia" (CP 5.374). En ausencia de ese afán por calmar una genuina incertidumbre, y luego partir de modo falible en pos de la verdad, solo se produce un exiguo simulacro de la ciencia. Lo que anima ese itinerario fallido y no falibilista (Peirce) obedece a una combinación de los otros tres métodos de adquirir conocimiento, con una primacía del de "autoridad." Mediante la transcripción de algunos fragmentos que extraje de las otras tres sesiones que componían el Eje 4/Comunicación (además de la nuestra), intentaré ilustrar ese distanciamiento notorio –aun si no fue intencional– del sendero de la ciencia. Ese desvío ocurre, sostengo aquí, de modo casi instintivo, defensivo, y cuidadoso, para no alterar el actual ecosistema de pensamiento, el imaginario social instituido (Castoriadis), que el gobierno uruguayo denominó "la Nueva Normalidad", en abril de 2020.

El melancólico panorama de una institución dedica a enseñar pero no a aprender

Podría preguntarme, parafraseando al protagonista de una conocida novela de M. Vargas Llosa, "¿En qué momento se jodió la universidad pública en Uruguay?"[8] Por supuesto, no tengo la respuesta a un asunto tan complejo. Pero me atrevo a afirmar que

[8] La frase textual que se encuentra en el inicio de Conversación en la Catedral (1969) es "¿En qué momento se había jodido el Perú?"

el decreto gubernamental uruguayo de "la Nueva Normalidad" enunciado con euforia el 17 de abril de 2020, causó una anemia institucional grave en la vida universitaria. El mundo académico adhirió con entusiasmo a un dualismo reductor, empobrecedor, desde entonces, porque todo consistió simplemente en saber en qué margen de la grieta pandémica (Andacht, 2020b) convenía ubicarse, por un instinto de supervivencia. La única variante desde el inicio fue el grado de acatamiento servil a los mandatos globales de organizaciones como la OMS, y después a los prospectos vacunales de la todopoderosa industria farmacéutica internacional. En Uruguay, no se reservó el menor espacio comunicacional público para debatir, para criticar o discutir honestamente, desde un ámbito plural, nada de lo planteado en esas dos grandes etapas pandémicas. Por el contrario, hubo una llegada recurrente de las mismas figuras de la ciencia oficial(ista), que hicieron de los muy acogedores y satisfechos medios masivos su segunda morada. Junto al gobierno nacional y a la máquina mediática, ese colectivo compuso un trío heroico que nos hablaba y aleccionaba sin cesar, a toda hora. Una consecuencia de este diseño organizacional fue que nada era más importante para seguir con vida que protocolizarnos masivamente, y luego vacunarnos sin chistar y en reiteración real. Nunca se explicó en esa omnipresente comunicación cotidiana, por ejemplo, cuál era el motivo para temer a la persona no vacunada, si esa medida terapéutica era tan eficaz, como publicitaban los medios. Lo razonable hubiera sido pensar que quien debía temer era la persona que no había aceptado inyectarse esa vacuna salvífica.

Peirce dirige su mirada crítica a la existencia de dos clases de instituciones universitarias:

> [E]s necesario notar aquello que está esencialmente involucrado en la Voluntad de Aprender. La primer cosa que la Voluntad de Aprender implica es una insatisfacción con nuestro estado presente de opinión. Ahí yace el secreto sobre por qué nuestras universidades norteamericanas son tan miserablemente insignificantes. ¿Qué han hecho para el avance de nuestra civilización? (...) La razón fue que (otras universidades) eran instituciones para aprender, mientras que las nuestras son instituciones para enseñar (...) para que una persona pueda tener alguna medida de éxito en aprender, él debe estar imbuido por una sensación insatisfactoria sobre su actual condición de conocimiento. Las dos actitudes son casi irreconciliables. (CP 5.583, 1898)

La selección de fragmentos de lo expuesto en ese congreso académico que presento a continuación no tiene como objetivo el denunciar la falta de competencia profesional de quienes hicieron esas presentaciones en el Eje 4/Comunicación donde nos tocó exponer a algunos miembros del comité editorial de la *revista eXtramuros*. Lamentablemente, creo que cualquier otro evento de similar naturaleza en el país o fuera de fronteras hubiera arrojado un resultado semejante e igualmente decepcionante. La explicación radica en esa flagrante ausencia de lo que Peirce describió como la "Voluntad de Aprender" (*the Will to Learn*). Pude observar en lo que planteó cada uno de estos investigadores – joven o experimentado – el vivo deseo de enunciar algo semejante a una fórmula litúrgica de pleitesía a lo consabido, a aquello que ya desde el inicio de ese infructuoso trayecto académico se sabe que se encontrará al final del recorrido. Eso es precisamente lo opuesto a la insatisfacción que nos impulsa a aprender y es, en cambio, el resultado típico de "instituciones para enseñar" (Peirce). Un ejemplo notorio de dicha tesitura es la reiteración elogiosa, casi como una letanía, del carácter "interdisciplinario" de todo lo que expusieron allí. No en vano, el ámbito universitario en el que se celebró ese encuentro ostenta ese concepto en su propia denominación: *Espacio Interdisciplinario*.

Todas las palabras, diapositivas, gestos, argumentos proferidos ese día en ese congreso virtual de la Universidad de la República tenían como principal finalidad evitar el temible golpe de lo real, de todo aquello que hasta ahora no fue debatido ni explicado a lo largo de interminables horas de comunicación mediática y hegemónica. Hace medio siglo, Foucault (1983/1970) formuló una descripción anticipatoria del mecanismo de auto-cancelación, el mismo que parece regir hoy de modo inexorable el universo académico pandémico:

> en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad. (p. 11)

A continuación, presento una selección que considero representativa de lo expuesto en las tres sesiones de cuatro ponencias más la discusión, cada una de las cuales duró un total de 90 minutos, en el Eje 4/Comunicación. Me consta que invito al lector a una árida travesía por un poco navegable mar de sargazos, pero es importante que haga el esfuerzo y lea lo que sigue. Solo así, podrá hacerse una idea cabal del daño considerable que el acatamiento colectivo a protocolos pandémicos les causó a las ciencias sociales. Le garantizo que cada cita es una transcripción fiel de lo que efectivamente se dijo en aquel evento académico. Lo que juzgo como inaudito, tal vez no lo sea para quienes se tomen el trabajo de leer lo que juzgo como un desalentador repertorio del imaginario instituido por la academia sojuzgada por la narrativa pandémica. Siempre puede quien así lo desee acudir al enlace virtual ya suministrado, para ver y escuchar por sí mismo esas ponencias. Esa es la libertad de todo lector ante un texto como el presente, que busca provocar el debate, la irrupción de lo no dicho, y así oponerse al denodado esfuerzo institucional por "dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad", según lo explicó Foucault, en la segunda mitad del siglo XX.

Pequeño repertorio de lugares comunes y desfallecientes de una ciencia indolente

Voy a acompañar las citas extraídas de cada exposición en el Congreso COVID-19 Pandemia y Pospandemia con un título propio mediante el cual busco sintetizar y a la vez criticar lo así planteado en el Eje 4/ Comunicación en julio de 2022.

a. Decir por decir, sin percibir la contradicción de sus propios dichos

Alguien habla con gran convicción sobre "la incertidumbre que tiene el conocimiento científico". Esa afirmación es, naturalmente, por demás respetable, pero no concuerda en absoluto con la reduccionista y no problematizada oposición entre "información y desinformación" en la que se basa y desarrolla este trabajo. Según la expositora, el segundo término de la oposición – "desinformación" – tendría como reducto exclusivo las perniciosas redes sociales. Esa postura pasa por alto el *falibilismo*; su crítica se limita a reprochar a los medios masivos el "no citar las fuentes" de lo que estos informaron sobre la pandemia. Curiosamente, se omite decir que esa mención de las fuentes, el no haberlas explicitado, era una práctica más que justificada o entendible. Citar el origen de la información pandémica hubiera sido del todo redundante, porque las principales fuentes científicas acudían en persona a los medios de comunicación todo el tiempo. Me refiero a los miembros del Grupo Asesor Científico Honorario (GACH). Ellos fueron las estrellas académicas y mediáticas en 2020 y en 2021, hasta el momento en que ese colectivo dejó de ejercer el rol asesor del gobierno en la crisis sanitaria de la COVID-19. Entrevistados sin cesar, este grupo de científicos encarnó la autoridad indiscutida de la Ciencia; la escribo con mayúscula a causa de la veneración recibida por estos personajes que la encarnaban. Mi empleo del atributo "indiscutida" para describir el discurso mediático del GACH se debe a que brilló por su ausencia en todos los canales televisivos o programas radiales un debate sobre el mejor tratamiento de la pandemia, sobre la validez de las medidas adoptadas para combatir el virus, etc. Ese inexplicable vacío discursivo transformó lo expuesto por ese equipo de la Ciencia Oficial en la materialización de la absoluta certidumbre, de la completa ausencia de dudas sobre lo expuesto reiteradamente por los miembros de dicho colectivo en los medios.

Por ese motivo, el tono irónico con el que culmina esta intervención carece de fundamento: "los

científicos tales dicen que… y una no tiene acceso a la fuente primaria de información". Y su presentación concluye con esta curiosa expresión: "es una práctica poco productiva, poco transparente en la que caemos." ¿Y esos miembros del GACH, que se volvieron tan familiares como los presentadores televisivos para la sociedad por concurrir tan asiduamente a los estudios de televisión, no eran fuentes primarias? Lo que se denuncia como "una práctica poco productiva, poco transparente" no es ocasionada por la supuesta falta de fuentes explicitadas en/por los medios, sino por la flagrante y deliberada inexistencia de "la idea de otro, de **no**, (que) se vuelve el eje mismo del pensamiento", de acuerdo a Peirce (CP 1.324, 1903), sin la cual no hay avance posible del razonamiento y, a fortiori, de la ciencia. Esas fuentes únicas obedecen a la primacía absoluta del imaginario instituido, que asigna a esas figuras el derecho exclusivo a dictaminar lo correcto e incorrecto sobre todos los aspectos de la pandemia. Su excluyente y autorizada presencia impide que surja "la extraña grieta que se instituye en la sociedad y que la vuelve capaz de cuestionar su propio imaginario" (Castoriadis, 1973/1964, p. 59). La "idea de otro, de **no**" remite tanto a la autonomía que proviene del imaginario radical, como al esfuerzo de todo investigador para lograr que lo real se exprese como una "permanencia externa" que le permita llegar a la verdad. Me refiero así a los ausentes planteos científicos alternativos, diferentes, otros, que, por ese motivo, se convirtieron en voces heréticas condenadas al exilio en el desierto mediático, a pesar de la excelencia de sus antecedentes académicos y/o el rigor de sus planteos.

b. Decir mucho para no decir nada: el ofuscamiento del lenguaje bajo el peso muerto de la jerga

Lo llamativo de este otro trabajo que comento fue un elemento casi constante en todas las exposiciones: su total ajenidad a lo empírico, es decir, el poco o nulo contacto con la realidad pandémica. Se planteó la dificultad "de cada uno de nosotros (que) tenía que tomar decisiones individuales y particulares." Ante una supuesta incertidumbre fruto de la diversidad informativa, estos investigadores se propusieron hacer "un análisis informacional de los fenómenos de desinformación." Nada se dijo sobre la ubicua y unánime campaña mediática diseñada para sembrar el terror al contagio con el Sars-Cov-2, en un horario muy extendido de informativos y programas periodísticos televisivos difundidos desde muy temprano en el día hasta la medianoche. Ese fue el motivo, explicaron los expositores, que los llevó a realizar su "análisis informacional de los fenómenos de desinformación." Extraño comenzar ese abordaje con tamaña desinformación sobre algo que cualquier persona les podría haber dicho, sin haber cursado ningún estudio universitario, con relación al incesante flujo de datos sobre muertes, sobre la tasa de ocupación de los Centros de Tratamiento Intensivo, y muchos más detalles macabros vinculados a la COVID-19, que llegaban a raudales, cada día, a los espectadores. Si se suma el hecho de que un porcentaje muy grande del público pasó a trabajar en su domicilio, no salía a hacer deporte ni acudía a centros de estudio o comerciales, pues todos estos lugares estaban cerrados, nos encontramos con un público literalmente 'cautivo'.

Para "favorecer el pensamiento crítico," estos expositores anunciaron de modo asertivo y satisfecho lo siguiente, supongo que como fruto de ese concienzudo análisis: "Es necesario trabajar la retroalimentación y la vinculación (entre) comunicación científica y alfabetización en información – alfabetización mediática." Aun si dejamos de lado la oscuridad que resulta del uso de esta opaca jerga académica, no quedó nunca claro cómo harían los ciudadanos para adoptar esa forma crítica de pensar sobre la pandemia. Lo único que sí quedó claro era su confianza absoluta, no crítica, en un organismo internacional que ellos afirmaron nos conduciría a la lucidez, a la hora de distinguir entre buena y mala información. Para tener éxito en ese "análisis informacional de los fenómenos de desinformación," la bala de plata, explicaron o simplemente aseveraron, sería la "Alfabetización informacional y mediática según la propuso la Unesco." Una pena que no

hayan ofrecido ningún argumento, ni tampoco presentado algún dato empírico que respaldase lo que no era otra cosa que la aplicación del *método a priori* combinado con el de *autoridad*, según los describió Peirce en 1877. Usar términos técnicos y atribuirlos a una agencia global no es lo mismo que estudiar la experiencia, esa "permanencia externa" (Peirce), de modo sistemático, como lo exige toda ciencia. La mención de "la Unesco" funciona como un signo que sirve para identificar a un grupo, para ser admitido en este, es decir, opera como un 'santo y seña' o '*shibboleth*'.

Siempre a bordo de un discurso previsible y alineado con la autoridad, los expositores cerraron su opaca presentación leyendo una diapositiva que proclamaba la importancia del "abordaje interdisciplinario." Reitero que ese concepto fue enunciado con entusiasmo y convicción a lo largo de todas las presentaciones del Eje 4/Comunicación, con un efecto discursivo semejante al litúrgico 'amén', el signo ritual que repite con devoción el feligrés durante la misa católica. Nunca quedó claro en qué consistía su real aplicación, es decir, cuáles eran las consecuencias prácticas, tangibles de tal abordaje. Ese hecho convierte al término 'interdisciplinario' en una consigna ideológica que abre puertas académicas a quien la utiliza, sin que importe su genuino valor epistemológico o metodológico.

Un epílogo a la nada. La última observación de lo expuesto por esta presentación se relaciona a la respuesta que dan sus expositores a una pregunta que se les formuló. Lo que aparenta ser algo de carácter científico, a saber, la imprescindible autocrítica, pone de manifiesto la ausencia alarmante del componente empírico, en el trabajo de estos investigadores de la sociedad en tiempo de pandemia. Tras lamentarse por no haberse preguntado "por qué la persona prefiere creerle al influencer sobre si vacunarse o no vacunarse", ellos agregaron otra duda inexplicable por ser del todo injustificada: "O por qué la persona prefiere consumir un programa de debate en un bar para ver si se vacuna o no se vacuna." Todo indica que se refieren así al programa de televisión uruguayo, *Polémica en el Bar*. Solo alguien que no miró nunca ese programa puede usarlo como ejemplo de una posición contraria o escéptica sobre la vacunación contra el virus Sars-Cov-2, que, se nos dice, tendría como efecto el provocar titubeos en quien pensaba vacunarse. En otro trabajo (Andacht, 2022a), analicé la propaganda televisual de este tratamiento, y formulé una reflexión sobre la apasionada adhesión a la vacunación pandémica a cargo de varios integrantes estables del programa *Polémica en el Bar*. Por supuesto, elegir no consumir una producción trivial de ese medio es legítimo; lo que no es lícito para un investigador es afirmar, en un ámbito académico donde se presenta lo estudiado, que el espectador de un programa notoriamente embanderado con la ideología y la narrativa oficial sobre el tratamiento de la COVID-19 podría llegar a dudar sobre los beneficios vacunales en la pandemia. Para que un argumento sea mínimamente aceptable en ese ámbito científico, debe ir acompañado de datos, de un monto mínimo de evidencia, en este caso, de algún ejemplo concreto que lo justifique. Eso no ocurrió.

c. Diga lo que diga otro investigador, haremos oídos sordos y acríticos

Podría pensarse que fue afortunado el poder contar con un trabajo de investigación proveniente de otra nación latinoamericana, en el congreso virtual organizado por la universidad pública uruguaya. Es difícil no ver una intervención académica extranjera como una oportunidad valiosa para poder comparar su aporte con la el conocimiento científico nacional relacionado con la pandemia y su comunicación. Pero lo que ocurrió fue frustrante: todo transcurrió como si esta ponencia no hubiera tenido lugar. Su efecto en los colegas uruguayos de esa sesión se asemejó al aplauso de una sola mano.

El argumento introductorio fue que el gobierno de su país se había dedicado a "satanizar a los medios", por ese motivo, los ciudadanos sentían rechazo por estos, y buscaban información pandémica en las redes sociales. Se dio por sentado que esa búsqueda

era peligrosa, pero nada se dijo sobre el trabajo incesante de los verificadores o fact checkers en ese ámbito mediático. Menos aún se planteó como problema de investigación el saber en qué reside el conocimiento o competencia técnica de esos chequeadores, sus eventuales intereses o beneficios económicos. Al finalizar, ninguno de sus colegas uruguayos intervino para decirle o explicarle que en este país eso no había ocurrido en absoluto. Por el contrario, como consigné en un artículo al inicio de la pandemia (Andacht, 2020a), uno de los informativos locales llegó a jactarse del crecimiento inédito en el número de televidentes de ese programa. Aventuro ahora una interpretación del muy llamativo silencio de los demás integrantes de esa sesión, que se abstuvieron de contrastar el caso uruguayo con el de ese otro país de nuestro continente. La expositora concluyó que el principal tipo de "bulo es el engaño y proviene de los negacionistas", se refería así a las fake news. El término peyorativo 'negacionista' que ella utilizó ocupa un lugar privilegiado en la "Ortodoxia COVID" (Mazzucchelli, 2020b), y eso podría ayudarnos a entender la falta de reacción, de discusión, de la ponencia de la investigadora extranjera. Se hizo caso omiso de lo único digno de considerar con relación a esa exposición, a saber, el uso incrementado de un medio masivo como la televisión uruguaya en 2020 y buena parte de 2021, en nítido contraste con la argumentación – carente de todo apoyo empírico, cabe agregar – que aportó este trabajo proveniente de fuera de fronteras. Tampoco se cuestionó el uso del estigmatizante término 'negacionistas', algo previsible y ya normal en un entorno discursivo cotidiano de la Nueva Normalidad, pero que debería haber sido objeto de cuestionamiento, en un ámbito académico, donde incluso se abordó la terminología pandémica.

Otro punto que importa mencionar, antes de dejar atrás esta inusual ponencia del exterior, es que nada se dijo en ella sobre la constante e imposible de ignorar práctica de cancelación que reina indiscutida en las poco fiables redes sociales, según planteó ese trabajo. Utilizo el término 'ignorar' no como resultado de una interpretación psicológica o sociocultural del curioso silencio que siguió a esa presentación. Me baso en la premisa semiótica que postula que el significado de los signos debe buscarse en las consecuencias que estos tienden a producir en su desarrollo a través de la generación de otros signos, es decir, en el proceso de la semiosis. Y eso fue precisamente lo que no tuvo lugar en esa presentación: los dichos de la expositora extranjera cayeron en el vacío, y eso en un ámbito académico es siempre alarmante.

d. Decir lo ya dicho hasta el cansancio se vuelve necesario si es personalizado

Comenzó esta otra ponencia con una afirmación que solo podría ser apoyada por alguien que durante el bienio 2020-2021 se hubiera ausentado por completo del país, o hubiese vivido recluido como un eremita en una cueva lejos del mundanal ruido. Esto fue que lo expresó con visible entusiasmo este grupo de investigadores: "Sentimos la necesidad de entablar un diálogo con la población," porque explicaron que les gustaba la idea de "poder compartir y difundir los conocimientos que están ahí, (porque) la ciencia está en todas partes." De nuevo, solo alguien que no estuvo un solo día a partir del 13 de marzo de 2020 en Uruguay podría aprobar e incluso elogiar el propósito de esta iniciativa científica local. Para el resto de los ciudadanos, llevarla adelante sin siquiera mencionar la reiterada e incluso agobiante presencia del elenco estable de la ciencia oficialista en todos los medios masivos es inexplicable. No solo acudían los miembros del GACH, más un pequeño grupo selecto de infectólogos y virólogos una y otra vez a los medios masivos, sino que una vez allí, ellos recibían un tratamiento privilegiado. La clásica advertencia 'el tiempo es oro' en televisión o en radio no se aplicó en absoluto a estos personajes; ellos permanecían larguísimo tiempo, hasta evacuar todas las reiteradas preguntas de los entrevistadores, en la edición central del informativo y en las otras ediciones también. Su lenguaje era lo suficientemente llano y autoritario como para no dejar la menor duda sobre todos los pormenores de la pandemia. Difícil imaginar a espectadores que, tras recibir esa dosis masiva

y cotidiana de divulgación sanitaria, podrían no haber saciado su curiosidad sobre esa versión oficial de la pandemia, en Uruguay.

Y la propuesta de ciencia aplicada de estos investigadores en el Eje4/Comunicación fue la siguiente: "Decidimos hacer algo, un diferencial, de emergencia, un botón de preguntas que cualquier persona pudiera preguntarnos cualquier cosa. Fueron las investigadoras que se dedicaron a chequear la parte científica. Vimos que había un vacío." De nuevo, es poco creíble que fuera insuficiente la información sobre la pandemia, cuando se dedicaban tantas horas en todos los medios convergentes y unánimes a darle voz, plataforma, podio, al acotado grupo de expertos aprobados, siempre los mismos. Por ese motivo, no puedo menos que preguntarme qué interrogante podría no haber sido ya respondida de modo público y reiterado.

No considero que sea una respuesta aceptable el modo en que constataron esa supuesta ausencia de saber en la sociedad: "Lo que vimos es que era una forma de comunicar institucional, no era una persona." Eso podría ser verdad, si la población no se hubiera familiarizado con la figura asertiva del Dr. Radi, el personaje más visible del Grupo Asesor Científico Honorario (GACH), o con la voz severa casi irritada del Dr. Álvaro Galiana, infectólogo y director del Hospital Pereira Rossell, un complemento habitual de aquel colectivo de expertos en los medios. Nada había de impersonal en su visita constante a la televisión; ellos se volvieron presencias tan frecuentes y esperadas como las conferencias semanales sobre el estado de la pandemia impartidas por el equipo de gobierno desde la Torre Ejecutiva. Para desconocer ese relato monológico, el público debía haber renunciado por completo a ver televisión, algo que los datos estadísticos desmienten fehacientemente. Sin embargo, nada de eso fue mencionado por este trabajo. Para que su propuesta fuese relevante, debería haberse contrastado, diferenciado con la otra de modo empírico, es decir, con inclusión de la realidad, de lo que en efecto ocurrió en el país. Podría decirse que hubo una referencia fantasma entonces a la voz ausente y disidente, por haber sido cancelada. Pero eso no es válido en ciencia; se denomina autocensura.

El momento más inexplicable llegó hacia el final de esta ponencia, cuando los expositores describieron el objetivo fundamental de su iniciativa, a saber, el promover "confianza en la ciencia, en quienes hacen ciencia, en sus instituciones, en las declaraciones." La diapositiva que acompañó su afirmación exhibía el recorte de un artículo, aparentemente de periodismo científico, cuyo título era "Para aumentar los niveles de vacunación, invierta en la confianza." La justificación de la premisa que ofrecieron fue que "tiene que haber un consenso" sobre la legitimidad o valor de la ciencia. De ese modo, sostuvieron, se contrarrestaría el impulso hacia la desinformación: "Muchas personas me decían, '¡Yo sigo a una persona en Instagram que es un genio!'". Y concluyeron con tono categórico: "¡Pero no era un científico!". Este planteo me impresiona como insólito, incluso implausible, pues afirmar que "tiene que haber un consenso" en la ciencia, cuando tuvo lugar un desembarco masivo de una única voz, la del relato monopólico de la Ortodoxia COVID, que no fue desafiado ni cuestionado por nadie en el ámbito de la comunicación pública dominante desde 2020 hasta el presente, en el país. Al respecto, cabe citar el oportuno comentario del cardiólogo inglés Aseem Malhotra (2023): exigir la confianza en la ciencia "es la afirmación más anticientífica que jamás escuché." En vez de buscar un sentimiento de confianza irrestricta en la ciencia, lo que en efecto ocurrió en pandemia, se debió plantear el auténtico ejercicio de la duda como parte esencial del funcionamiento de toda ciencia, a saber, la práctica del debate, del intercambio honesto y no cancelado entre diversos caminos para llegar a la verdad, tras el impacto de algo no humano, de una permanencia externa, según describe Peirce el funcionamiento del método científico para conocer la realidad.

A modo de conclusión

A diferencia de lo ocurrido durante el período dictatorial en Uruguay (1973-1985), cuando la censura era explícita, instituida y experimentada como el desolador ocaso de la democracia, el régimen *nuevonormal* decretado por el gobierno en abril de 2020, tuvo un efecto siniestro, insidioso, pues se convirtió en un obstáculo insuperable para la búsqueda sistemática de la verdad. Se consiguió inmovilizar la imaginación científica, se la volvió sumisa a un relato pandémico oficial, monopólico, y se acostumbró a la población al exilio del debate, y a la tolerancia cómplice de la supresión o cancelación del pensamiento crítico. Le dejo la última palabra al teórico de la significación que fue Peirce, quien nos dejó como legado metodológico la "regla de la razón", que debe regir toda investigación, no importa en qué ámbito esta ocurra:

> [P]ara poder aprender, debes desear aprender, y al desearlo no estar satisfecho con aquello que ya estás inclinado a pensar, de (esta regla) se desprende un corolario que por sí mismo merece estar inscrito en cada muro de la ciudad de la filosofía:
>
> > No obstruyas el camino de la investigación. (CP 1.135, 1899).

El cerrar los ojos y demás sentidos a la realidad pandémica y pospandémica —el supuesto objeto del congreso científico convocado por la más importante universidad del país— no altera en lo más mínimo la "permanencia externa", la realidad que es "Obsistente" (CP 2.89), que siempre resiste e insiste en hacerse percibir. El denodado esfuerzo de estos investigadores —que como tales tienen como su deber ético preguntarse y dudar sistemáticamente de todo— por apartar de la mente lo real no cambia un ápice el hecho de que la comunicación mediática de la pandemia alteró y desfiguró el mundo de la vida como efecto de la intensa campaña nuevo(a)anormal. A eso se entregaron sumisos y aún se someten la Ciencia Oficial, la Política y la Máquina Mediática. Cuando estas poderosas instituciones se unen para decretar una nueva normalidad, una de las más temibles consecuencias es el reprimir el imaginario radical, la primordial capacidad creativa humana, el componente posibilista de la libertad en todos los ámbitos.

Referencias

Andacht, F. (2024). Postmodern post-truth as the militant cancellation of Peirce's 'irritation of doubt' and of inquiry (i-i16). *Degrés. Revue de synthèse à orientation sémiologique*. No. 195-196.

Andacht, F. (2022c). La censura silenciosa amordaza la Universidad pública uruguaya (18.09.2022). *revista eXtramuros*: https://extramurosrevista.com/la-censura-silenciosa-amordaza-la-universidad-publica-uruguaya/

Andacht, F. (2022b). En pos del verosímil pandémico: más allá del muro (01. 08.2022) *revista eXtramuros*: https://extramurosrevista.com/en-pos-del-verosimil-pandemico-mas-alla-del-muro/

Andacht, F. (2022a). Los juegos del enjambre: sigue la ceguera de un periodismo unánime y sumiso. (20. 06.2022) *revista eXtramuros*: https://extramurosrevista.com/los-juegos-del-enjambre-sigue-la-ceguera-de-un-periodismo-unanime-y-sumiso/

Andacht, F. (2020c). Ha nacido un nuevo género: el debate embozalado de la Nueva Normalidad *revista eXtramuros* (05.12.2020) https://extramurosrevista.com/ha-nacido-un-nuevo-genero-el-debate-embozalado-de-la-nueva-normalidad/

Andacht, F. (2020b) La agridulce y muy ancha grieta del kitsch pandémico. *revista eXtramuros* (07.11.2020) https://extramurosrevista.com/la-agridulce-y-muy-ancha-grieta-del-kitsch-pandemico/

Andacht, F. (2020a). El nada discreto desencanto de la unanimidad. *revista eXtramuros* (06.06.2020) https://extramurosrevista.com/el-nada-discreto-desencanto-de-la-unanimidad/

Braunstein, J-F. (2022). *La religion woke*. París: Grasset

Castoriadis, C. (1997). *Fait et à faire*. *Les carrefours du labyrinthe* 5. París : Seuil

Castoriadis, C. (1975). *L'institution Imaginaire de la société*. París : Seuil

Castoriadis, C. (1973). La société instituante et l'imaginaire social (1964-1965). En *La Société Bureaucratique* 1 *Les Rapports de Production en Russie* (pp. 51-61). París : Union Générale d'Éditions.

Foucault, M. (1970/1983). *El orden del discurso*. México: Tusquets

Mazzucchelli, A. (2020b) La ortodoxia covid. *eXtramuros revista*. https://extramuros revista.com/la-ortodoxia-covid-y-el-padre-astete-que-la-pario/

Mazzucchelli,, A. (2020a) Cultura hashtag, reacción en manada, y censura. *eXtramuros revista*. https://extramurosrevista.com/de-la-teoria-de-conspiracion-a-la-censura/

Merino Escalera, F. (2023) La Inquisición posmoderna: sobre la ideología woke y la cultura de la cancelación. Red de investigaciones filosóficas José Sanmartín Esplugues Recuperado el 8 de octubre de 2023 de: https://proyectoscio.ucv.es/articulos-filosoficos/la-inquisicion-posmoderna-sobre-la-ideologia-woke-y-la-cultura-de-la-cancelacion/

Peirce, C. S. (1931-1958). *Collected Papers of C. S. Peirce*. C. Hartshorne; P. Weiss, y A. Burks (eds.). Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press. (La obra de Peirce es citada del modo convencional: x.xxx remite al Volumen. Párrafo de esta edición.

Poirier, N. (2017). Castoriadis et l'imaginaire radical: Une confrontation avec la phénoménologie (458-477). *Bulletin d'analyse phénoménologique* No. XIII 2.

Cita recomendada

Andacht, F. (2024). El imaginario social y los signos de cancelación pandémica. En: *Imagonautas*, N° 19 (13), pp. 46-62.